

CARTA 13 Sobre una democracia para superar el estancamiento y la decadencia

Dichosas y dichosos quienes vivieron (y sobrevivieron) a los 1960s. Ésta fue probablemente la década más fulgurante de la historia de la humanidad. Es cierto que la historia de la humanidad, en tanto que “historia de la humanidad”, es muy breve y data apenas desde 1885 con el Congreso de Berlín en que las potencias europeas se repartieron África. El reparto de África es el comienzo de la historia mundial. Antes había pueblos que no se reconocían entre sí y que llevaban historias particulares. La historia de la humanidad comienza con la última expansión del colonialismo. También la historia de la humanidad nace con su “pecado original”.

Quienes fueron arrasados por la historia, seguro que habrían preferido que la historia se los hubiera saltado, para poder ellos gozar de los más modestos 1970s, 80s y demás. Ya sabemos, sin embargo, que la historia no tiene desperdicio y castiga con mayor o menor intensidad a todos sus hijos. Ya estamos lejos de los 1960s, pero muchos se sorprenden haciendo sahumerios para conjurarlos de algún modo.

Javier Pinedo ha mostrado algo muy importante: en los años 1960s en Chile (y seguramente ello puede extenderse a toda la región) ninguna de las tendencias de pensamiento exaltaba la democracia y más aun varias sospechaban, la despreciaban o le temían.

Dos desafíos: uno referido en forma genérica a la cuestión de cómo los latinoamericanos pueden pensar mejor; otro específico, referido a la cuestión de las maneras de pensar la democracia.

Para pensar la democracia en relación con la cultura de la academia creo que es necesario comenzar por señalar una obviedad olvidada por muchos: la democracia es un asunto de vida y no sólo de ideas, la democracia se enseña practicándola y no sólo predicándola o pensándola, los intelectuales-docentes no sólo deben pensar bien sino actuar correctamente, pues son formadores.

Dicho esto, creo que para enfrentar la relación democracia-decadencia, en los últimos tiempos, los que más se han acercado son quienes han pensado desde el PNUD. Cuestiones como confianza y capital social, son fundamentales para pensar una democracia que remonte la pendiente del desarrollo humano (o progreso, o bienestar, o calidad de vida) latinoamericana. Un tipo de democracia que se conecte con la reforma intelectual y moral.

A mí juicio el PNUD ha pensado algo “paternalmente”, y no quiero descalificarlo como paternalista, cuando intentan incorporar a la democracia a los sin voz, a los pobres, a los marginados, ocupándose poco, sin embargo de quienes manejan las mayores cuotas de poder. Son éstos quienes han puesto más en peligro la democracia en los últimos lustros, por la corrupción y la burla de la ley, es decir, por pretender que cada uno puede saltarse las reglas del juego. Esto ha debilitado una vez más la confianza recíproca necesaria para que funcione la política y la economía y clave para que cada uno respete la ley. No puedo respetarla si pienso que la mayoría no la va a respetar.

Creo que es clave pensar en crear una cultura democrática para las masas así como pensar las condiciones para que estas masas accedan a la democracia con sus diversas dimensiones, las gocen y sean partícipes cabales de la polis. Y esto es algo que en numerosos lugares de América Latina todavía está por conseguirse. Pero hoy me parece más urgente pensar las formas en que políticos, empresarios, burócratas, y en general los grupos de elit, dirigencias sindicales, estudiantiles, gremiales, etc. generen niveles de confianza, de credibilidad, de sentido ciudadano que les lleve a asumir comportamientos éticos en y respecto a su polis.

Toda renovación, toda innovación, toda reforma, todo mejoramiento social supone que quienes lo emprendan se consideren por debajo de la ley y no por encima de ésta. Si la decadencia de América Latina proviene en buena medida de la incapacidad para concertarse por la desconfianza generalizada, crear confianza es clave para remontar la pendiente. La creación de confianza como tarea de la democracia es también clave para crear confianza en el espacio económico. Considerarse por debajo de la ley, además, es un buen punto de partida para cambiar las leyes y hacerlas más justas.

El pensamiento politológico latinoamericano tiene pendiente abocarse a pensar la forma de implementar una democracia que, permitiendo la confianza, facilite el trabajo conjunto; una democracia que no inhíba o coarte al ciudadano sino que potencie sus capacidades para vivir mejor: para mejorar su educación, su salud, su entorno, sus condiciones laborales, su calidad de vida en general; una democracia que no apequene al ciudadano sino que lo incentive a trascender el aparato del estado e incluso el Estadonación. En otras palabras una democracia que libere las fuerzas productivas humanas.

El segundo desafío y más amplio, se refiere a la posibilidad de pensar mejor a Nuestra América. Se trata de pensar y mejorar la democracia, se trata de proponerles a los intelectuales-docentes y estudiantes que se ocupan de Latinoamérica la cuestión de la democracia en el marco de una realidad mucho más amplia que la sola dimensión política, pero sin escamotear, en ningún sentido, la importancia de la democracia política.

Una democracia que permita la justicia y la confianza de las personas en las instituciones es clave para construir desarrollo. Una democracia particularmente cuidadosa de evitar la corrupción.

El desafío de pensar mejor Nuestra América trasciende con mucho aquello de pensar bien la democracia. Pensar mejor es nuestro principal deber ético, la ética intelectual es el deber de pensar mejor. La principal militancia es con el bienpensar, es allí donde servimos a nuestro pueblo. Esto quiere decir que va siendo hora de una nueva reforma universitaria, reforma o revolución contra el feudalismo de la academia, contra las cátedras en propiedad de quienes no trabajan sino que establecen relaciones de vasallaje con siervos complacientes. Contra el feudalismo y el coronelismo de pequeñas parcialidades, donde gran parte del tiempo se va en defender el territorio y no en hacer ciencia. Donde los combates entre paradigmas ocultan la ambición por quitarle el puesto o el podercillo al otro. Nueva reforma que abra espacios, que mejore la gestión estudiantil limpiándola de parásitos de la administración, enquistados en los centros de alumnos. Quiero una militancia estudiantil que reclame al profesorado el cumplimiento de sus obligaciones docentes y que reclame a las autoridades sobre la calidad de las bibliotecas y demás servicios. Quiero una militancia con la transparencia y no con la razón-de-Estado. Pido honestidad en las elecciones universitarias y decisión contra las maniobras de manipulación. Que no se haga esperar demasiado una nueva irrupción juvenil.

Hubo hace algunas décadas quienes creyeron que debían abandonar la academia para militar difundiendo el ideario cristiano, neoliberal u otro. Por cierto estaban en su derecho pero, la academia no puede imaginar la ética localizada únicamente fuera de la academia. La ética se realiza en la actividad académica y universitaria misma, pensando mejor. Pensando mejor en el sentido más práctico como enfermer@ y como contador@, pero también como filosof@ y como economista, como matemátic@ y como jurista, como historiador@ y estudios@ de la cultura.

Pensar mejor es por cierto pensar con la lógica, pero es también proceder con método, es igualmente operar con la crítica intelectual, es también pensar con radicalidad, es pensar a partir de buena información, es igualmente pensar con inventiva.

Si la decadencia de América Latina viene en parte de una intelectualidad entregada a la moda, a la apariencia, a la frivolidad sin compromiso con la auténtica búsqueda de la verdad, del comprender y transformar la realidad, entonces la cuestión de la calidad es clave y la calidad sistemática en la producción de conocimiento es igual a densidad.